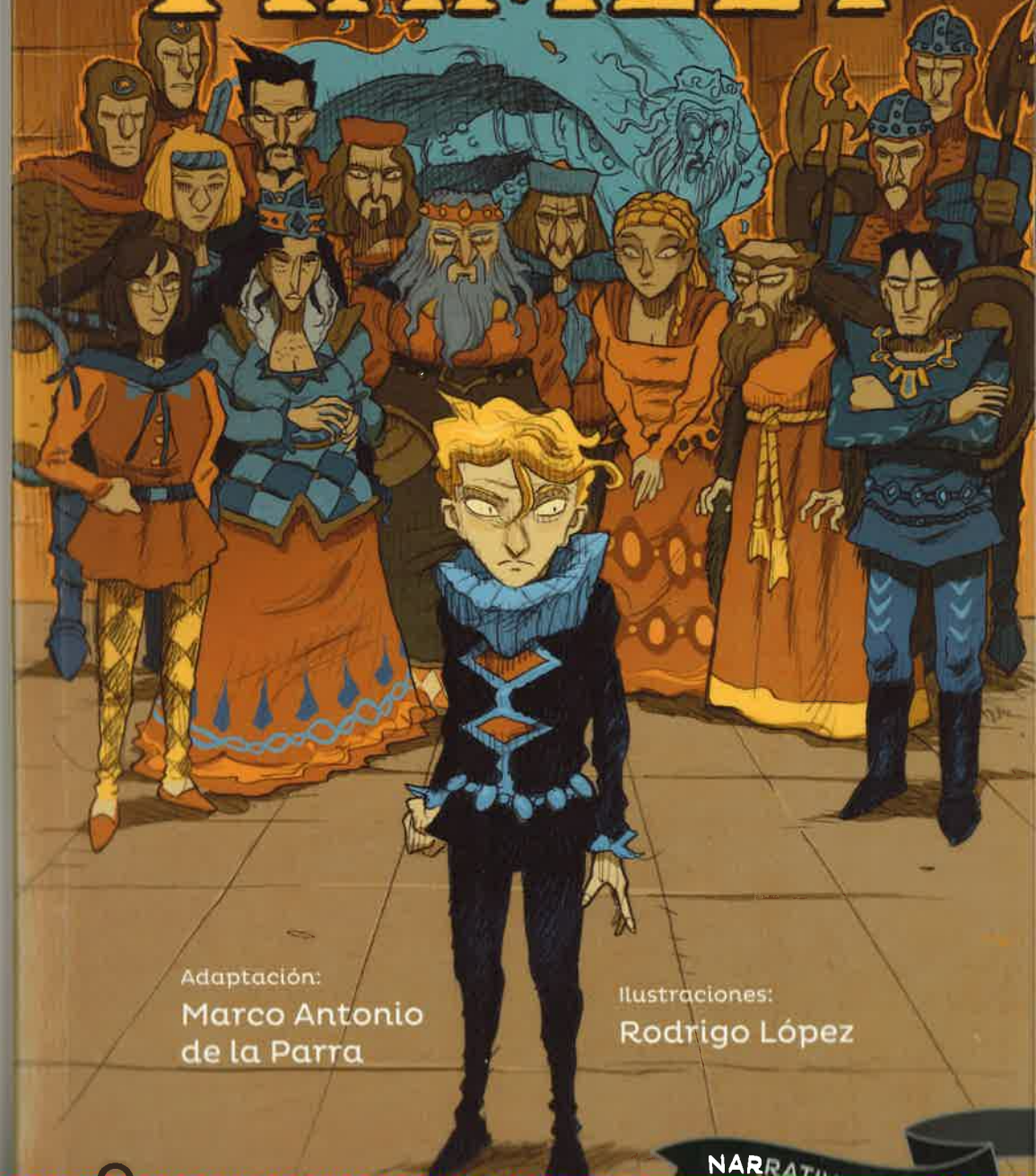


William Shakespeare

HAMLET



Adaptación:
Marco Antonio
de la Parra

Ilustraciones:
Rodrigo López

NARRATI

© Del texto: 2016, Marco Antonio de la Parra
© De las ilustraciones: 2016, Rodrigo López
© De esta edición:
2016, Santillana del Pacífico S.A. Ediciones
Andrés Bello 2299 piso 10, oficinas 1001 y 1002
Providencia, Santiago de Chile
Fono: (56 2) 2384 30 00
Telefax: (56 2) 2384 30 60
Código Postal: 751-1303
www.loqueleo.com/cl

ISBN: 978-956-15-2946-5
N° de registro: 270.449
Impreso en Chile. Printed in Chile
Cuarta edición: enero de 2019

Dirección de Arte:
José Crespo y Rosa Marín
Proyecto gráfico:
Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín y Julia Ortega

Ilustración de cubierta:
Rodrigo López

Todos los derechos reservados.
Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en,
o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni
por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico,
por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la Editorial.



William Shakespeare
HAMLET

Adaptación:
Marco Antonio de la Parra

Ilustraciones:
Rodrigo López

loqueleo

Sobre un Hamlet ilustrado

Prólogo

No recuerdo mi primera lectura de *Hamlet*, pero fue impresionante. Tal vez fue luego de ver el imponente filme ruso creado por Grigori Kózintsev para conmemorar los 400 años de su natalicio. Yo era un adolescente. El texto se iluminó con esas imágenes y me sumergió en el libro. A partir de esa ocasión hubo muchas lecturas. Y sigue habiéndolas y cada una es un descubrimiento, tragedia infinita.

Les debo a las imágenes, al cómic y a la novela gráfica muchas otras puertas abiertas al mundo de los clásicos, a veces duros de entrar en su versión original, sobre todo cuando se trata de traducciones.

Por eso esta tragedia rabiosa de un Hamlet muy joven y meditabundo, cargado con la duda y la ira, me parecía el mejor comienzo de una serie de textos que recurrieran al cruce de la narración y la gráfica para conmover, emocionar e inspirar el deseo de la lectura del texto original.

Hamlet está con nosotros; alguna vez todos fuimos Hamlet u Ofelia o Laertes en esta obra de huérfanos jóvenes que se encuentran con la traición y la venganza.

Shakespeare la escribió, como casi toda su obra, inspirándose en otro texto, esta vez uno danés varios siglos

anterior en el que lo central era una venganza sin dudas, y Amleth —así se llamaba su protagonista— se hacía el loco como parte de un plan y no como una mezcla de dolor e incertidumbre. Shakespeare, que era un genio y no se enteraba de ello, le dio la vuelta que necesitaba para convertirse en una de las obras literarias más importantes de la historia de Occidente.

Sea este cruce entre verbo y gráfica una tentación irresistible a entrar en la gran, pero gran obra del bardo inglés. Busquen luego una versión original y continúen disfrutándola.

En esta modesta lectura hay varias traducciones mezcladas y está también la voluntad de elegir el español de América tornándolo algo más moderno, acortando algunas escenas clave, pero conservando el espíritu de la obra original.

Shakespeare, que escribió por necesidad y le fue bien, si hubiera nacido hoy, probablemente escribiría series y, quizás, novelas gráficas. El teatro en su vida fue casi un accidente, pues quería ser poeta —que también lo fue—. Pero su cima estuvo en sus obras dramáticas, inolvidables, llenas de caracteres que demuestran un manejo de la psicología humana pocas veces alcanzada.

Adelante, que la función los espera.

Que les abra el apetito. Que despierte la pasión.

Ahora todo lector se vuelve Hamlet.

Marco Antonio de la Parra
Agosto 2016

Personajes



HAMLET, PRÍNCIPE DE DINAMARCA.
DE TEMPERAMENTO DUBITATIVO,
INTROVERTIDO, MUY AFECTADO POR
LA MUERTE DE SU PADRE.



EL REY CLAUDIO, HERMANO DE HAMLET
PADRE. HA TOMADO LA CORONA AL
MORIR SU HERMANO.



HORACIO, ÍNTIMO AMIGO
DE HAMLET.



EL ESPECTRO DE HAMLET PADRE,
REY DE DINAMARCA. MUERTO EN
EXTRAÑAS CIRCUNSTANCIAS.



OFELIA, MUY QUERIDA POR HAMLET,
QUIEN LA HA CORTEJADO. HIJA DE
POLONIO Y HERMANA DE LAERTES.



GERTRUDIS, MADRE DE HAMLET Y REINA DE DINAMARCA. AL QUEDAR VIUDA SE CASÓ CON CLAUDIO, EL HERMANO DE SU DIFUNTO MARIDO, HAMLET PADRE.



POLONIO, CONSEJERO DEL REY CLAUDIO, PADRE DE OFELIA Y LAERTES.



LAERTES, HIJO DE POLONIO Y HERMANO DE OFELIA. IMPETUOSO Y PREOCUPADO POR SU FAMILIA.



ROSENCRANTZ, COMPAÑERO DE ESTUDIOS Y AMIGO DE HAMLET.



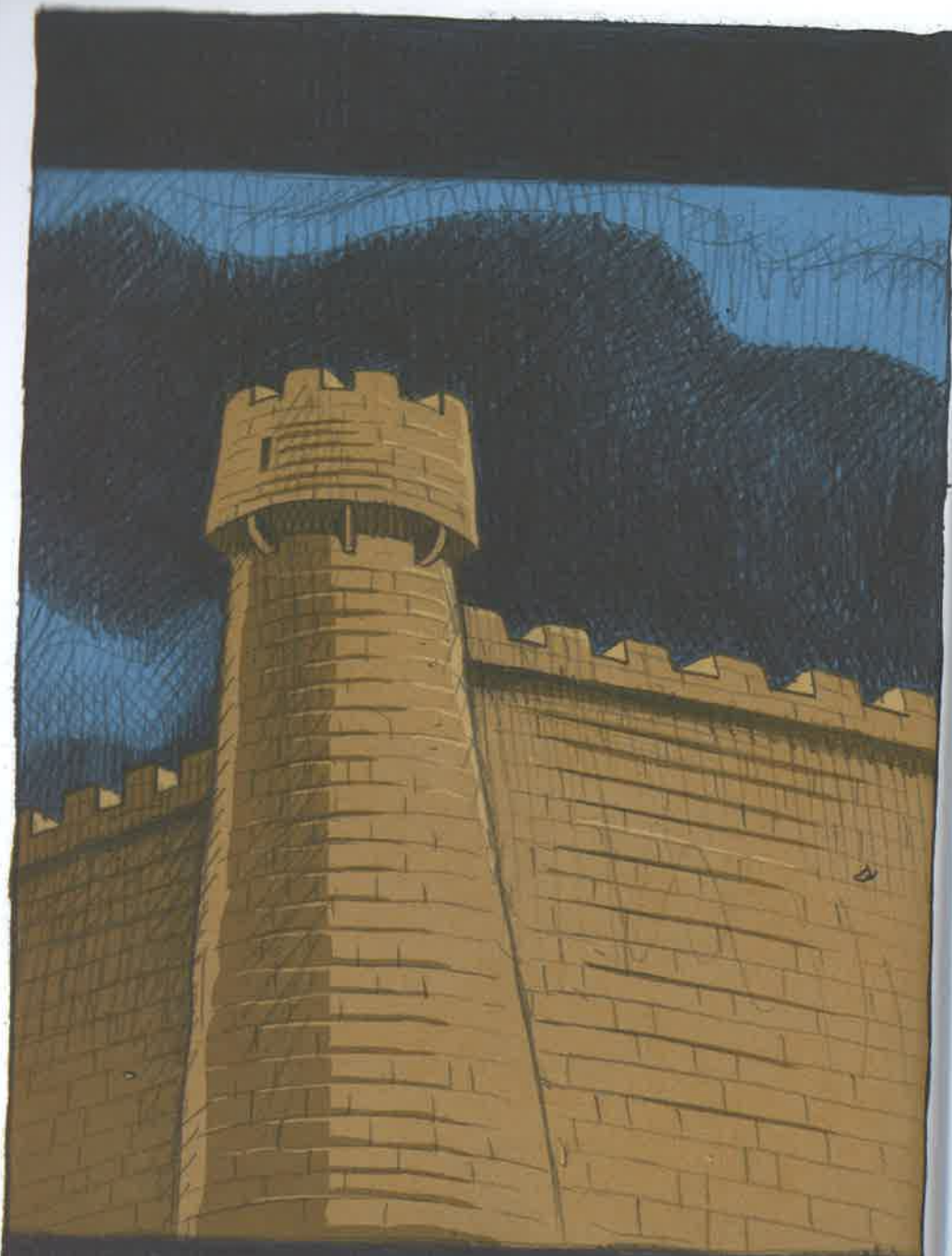
GUILDENSTERN, COMPAÑERO DE ESTUDIOS Y AMIGO DE HAMLET.



FORTIMBRÁS, JOVEN REY DE NORUEGA QUE SE HIZO CON LA CORONA TRAS LA MUERTE DE SU PADRE FORTIMBRÁS EN TIEMPOS DE GUERRA CON DINAMARCA, CUANDO GOBERNABA EL REY HAMLET PADRE.

Escena 1





TORREÓN DEL CASTILLO DE
EL SINORE EN DINAMARCA.





¿QUIÉN VA?

¡VIVA EL REY!

DETENTE Y DESCÚBRETE.



VIVA EL REY. ¿LLEGO TARDE?
¿APARECIÓ DE NUEVO ESA COSA?



DOS NOCHES
LO HEMOS VISTO,
HORACIO.



SILENCIO, CALLA, MIRA,
VIENE UNA VEZ MÁS.



SE PARECE AL REY. MUCHÍSIMO,
SIENTO TEMOR Y ASOMBRO.



HÁBLALE, HORACIO.



¿QUIÉN ERES
TÚ QUE ROBAS
LAS HORAS
DE LA NOCHE?



MÍRALO, SE APARTA...

HABLA, HABLA,
TE LO PIDO, HABLA...



SE HA IDO
Y YA NO NOS
CONTESTARÁ.

ES EL MISMO REY
HAMLET PADRE,
EL QUE MATÓ A
FORTIMBRÁS PADRE.



DEBEMOS CONTÁRSELO
AL JOVEN HAMLET.

ESTABA POR
HABLAR CUANDO
CANTÓ EL GALLO.

EL SOL LO HA
ESPANTADO.



¿VUELVE TODAS LAS NOCHES?

NO HA
FALTADO
NINGUNA.



VAMOS CON EL JOVEN HAMLET, QUE HOY
REUNIRÁ DE SUS ESTUDIOS PARA LA BODA
DE SU MADRE CON SU TÍO.



Escena 2

En el interior del castillo, la corte celebraba bebiendo y comiendo. Hamlet se paseaba aparte, solo, buscando un rincón donde aislarse.

—Aunque aún de la muerte de Hamlet, nuestro amado hermano, la memoria esté fresca, comienzan los festejos de la boda con nuestra Reina Gertrudis, imperial heredera. Para ello hemos tomado con un ojo auspicioso y el otro en lágrimas, en fiel balanza sopesando el deleite y el luto, este paso que nos une —dijo el Rey Claudio tomando una copa en su mano—. Brindemos por el matrimonio como brindamos por las exequias. ¿Y tú, Laertes, qué quieres pedir, que no será petición sino oferta?

—Vuestra venia, gentil Rey, para volver a Francia —dijo el joven Laertes, quien parecía ser el príncipe de la fiesta.

—¿Tienes el permiso de tu padre? ¿Qué nos dice Polonio?

—Lo tiene, mi señor. Suplico le des licencia de partir —dijo Polonio, quien sonreía haciendo venias.

—Dispón de tu tiempo, Laertes. Son tiempos duros. Fortimbrás hijo quiere recuperar las tierras perdidas por su padre, pero no creo que nos veamos envueltos de

nuevo en batallas, fuera de las del amor que hoy se celebra. ¿Qué piensas tú, Hamlet, sobrino y ahora hijo mío?

Hamlet se sacudió el ensimismamiento para contestar:

—Algo más que pariente, pero menos que deudo.

—¿Estás todavía bajo esos nubarrones?

—Nada de eso, señor, estoy en pleno sol.

La Reina se acercó a acariciarlo:

—Destierra la noche de tu alma y que tus ojos miren como amigo al nuevo Rey de Dinamarca, tu tío Claudio. Todo lo que vive ha de morir, ha de pasar de la naturaleza a la eternidad.

—En efecto, señora, es lo común.

—¿Por qué a tus ojos parece tan extraño? —preguntó su madre.

—¿Parece? Todo en efecto es parecer, pues son actos que un hombre puede muy bien fingir. Llevo dentro de mi alma lo que va más allá de cualquier apariencia.

Claudio levantó nuevamente su copa:

—Entiendo tu pena, pero perseverar en obstinada condolencia es un comportamiento terco impío, una voluntad descortés con los cielos. En cuanto a vuestra idea de volver a tus estudios en Wittenberg, si recién has llegado, nada podría chocar más contra nuestro deseo.

—Te ruego que te quedes con nosotros —le pidió la Reina Gertrudis.

—Os obedeceré, señora... lo mejor que pueda —musitó Hamlet.

Escena 3

Hamlet se alejó hacia el balcón.

—Qué asco me da. Oh, asco, asco. Haber tenido que llegar a esto, dos meses muerto apenas, no, ni siquiera dos. Un Rey tan excelente como mi padre, y mi tío tan amoroso con mi madre. Cielo y tierra. ¿Tendré que recordarlo? ¡Y sin embargo, en solo un mes...! No quiero pensarlo. Fragilidad, tienes nombre de mujer. Un breve mes. O antes de haber gastado esos mismos zapatos con los cuales siguió el cortejo funerario de mi pobre padre, hecha un mar de lágrimas, ahora casada con mi tío, hermano de mi padre, pero tan poco parecido a él. Se casó antes de que sus lágrimas se hubieran secado en sus ojos. Que se me rompa el corazón, pues debo retener mi lengua.

En eso estaba Hamlet cuando entró Horacio.

—Buen Horacio, compañero de estudios, amigo fiel de esos que no hay ya en esta corte. ¿Qué te trae desde Wittenberg?

—Cierta tendencia a la vagancia, señor mío.

—No eres ningún vago. Dime la verdad.

—Vine a asistir al funeral de tu padre.

—No te burles, creo que viniste a la boda de mi madre. Ahorro, Horacio, ahorro. Así le dicen. La carne asada

de los funerales fue el fiambre de la boda. Mi padre, me parece que veo a mi padre con los ojos del espíritu.

—Creo, Príncipe, que lo vi anoche.

—¿Viste al Rey? ¿Dónde?

—Dos noches ya, la guardia lo ha visto aparecerse con la noche.

—Eso es muy extraño —dijo pensativo Hamlet.

—Me pareció que era nuestro deber, como está escrito, que lo supieras.

—¿Hacen guardia esta noche?

—Así es, señor mío.

—¿Aparece armado?

—Armado, sí, señor. Con su armadura y su yelmo.

—¿Vieron su cara?

—Sí, señor, llevaba la visera del yelmo alzada.

—¿Su barba era entrecana?

—En efecto, tal cual. Negro y plata.

PUES QUIERO VERLO, AMIGO MÍO. HARÉ GUARDIA ESTA NOCHE. TAL VEZ SALGA DE NUEVO. VETE, QUE TENGO QUE PREPARARME. ¿LA SOMBRA DE MI PADRE ARMADA? SOSPECHO UNA OSCURA MANIOBRA. OJALÁ FUERA YA DE NOCHE. SERÉNATE, ALMA MÍA.



Escena 4



Laertes hizo su equipaje a la vista de su hermana Ofelia, bella como un junco rubio.

—Ya estoy listo, hermana, mi Ofelia querida, cuídate mucho en mi ausencia. Sobre todo en cuanto a Hamlet, es el perfume y el deleite de un minuto, nada más.

—¿Eso y nada más?

—Témelo, Ofelia, témelo, querida hermana. La más blanca de las vírgenes puede destapar ante la luna su belleza, y la virtud no se libra del látigo de la calumnia. Sé desconfiada, respétalo como se respeta al mar.

—Guardaré tus consejos como vigía de mi corazón, pero tú no hagas como los que muestran el escarpado

sendero del cielo mientras se dejan llevar por una vida libertina.

En esos momentos entró ataviado elegantemente Polonio, consejero del Reino, el padre de la bella Ofelia y el guapo Laertes.

—¿Todavía aquí, Laertes, hijo mío? Parte a bordo ya y escucha mis consejos como último equipaje: No te muestres parlanchín con tus pensamientos, ni pongas en marcha pensamientos desproporcionados. Sé natural, pero vulgar de ningún modo. Cuida a tus amigos, pero no aplaudas a cualquiera; cuídate de las peleas, pero si caes en una, preocúpate que sea tu rival quien se cuide de ti. Presta a todos tu escucha, pero a pocos tu voz. Recibe las censuras, pero guarda tu juicio. Tu ropa jamás ostentosa, aunque distinguida, mira que en Francia, donde vas, los de más rango sobresalen en ese detalle. No pidas prestado ni prestes tú, que un préstamo casi siempre pierde al dinero y al amigo. Y, sobre todo, sé sincero contigo mismo y así no serás mentiroso con ninguno. Adiós, que mi bendición te acompañe —concluyó Polonio.

—Adiós, padre; adiós, Ofelia, y recuerda bien lo que acabo de decirte.

El guapo Laertes recogió sus valijas y salió presto hacia la embarcación que lo esperaba. Polonio miró a Ofelia.

—¿Qué es lo que te ha dicho, Ofelia?

—Algo sobre el Príncipe Hamlet.

—Algo me han dicho también. Que te dedica mucho tiempo. ¿Qué hay entre él y tú? Dime la verdad.

—Padre, me ha hecho proposiciones de afecto.

—¿Y crees en ellas?

—No sé qué pensar...

Polonio frunció el ceño y miró a Ofelia.

—Debo enseñarte algunas cosas. Has sido muy niña al haber recibido sus proposiciones. Te rebajas el precio.

—Papá, ha sido honesto.

—Sí, trampas para bobos. Bien sé yo, cuando abraza la carne, con qué soltura el alma presta promesas a la lengua. Pon mayor precio a tus invitaciones. Hamlet es un príncipe muy joven. No creas sus promesas. Los jóvenes hablan como si fueran santos para engañar mejor. No le mandes recados ni hables ya con el Príncipe Hamlet.

¿ME HARÁS CASO?

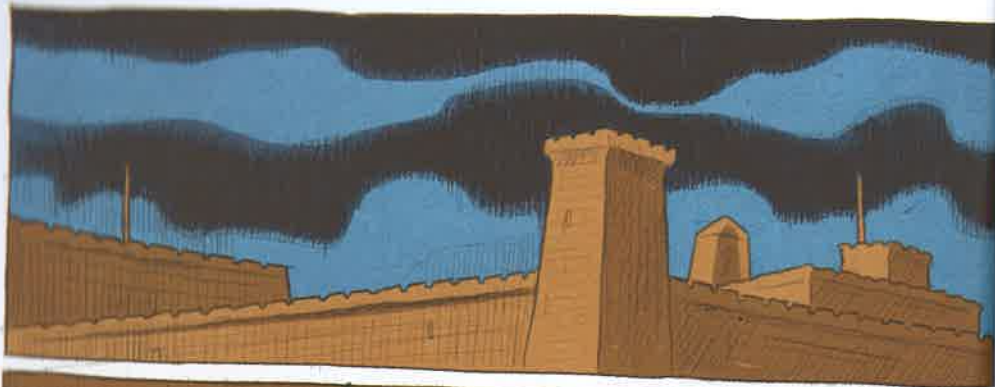
SERÉ OBEDIENTE, PADRE.



Escena 5

ESA MISMA NOCHE, EN LAS TORRES DEL CASTILLO, HAMLET Y HORACIO SE AGAZAPARON. EL AIRE CORTABA COMO UNA NAVAJA. HACÍA MUCHO FRÍO. UN AIRE QUE PINCHABA, QUE MORDÍA.





¿QUÉ HORA ES YA, HORACIO?

CERCA DE LAS DOCE.



CLONG!
CLONG!



ES LA HORA EN QUE SALE EL ESPECTRO.



¿QUÉ ES ESO, PRINCIPE?

**BROM!
BOOO!**

EL REY Y SU FIESTA DE BODAS ETERNA. BEBEN LOS ESCANDALOSOS ARRIBISTAS CON EL.



MIRA, SEÑOR, AHÍ VIENE.



QUE LOS ANGELES NOS DEFENDAN, QUERIDO HORACIO.





¿MI TÍO CLAUDIO?



SÍ, ESA BESTIA ADÚLTERA, INCESTUOSA, CONQUISTÓ LA LIBERTAD DE MI REINA, TU MADRE, QUE TAN VIRTUOSA PARECÍA. DURMIENDO YO EN MI HUERTO, SE DESLIZÓ TU TÍO CON UN JUGO VENENOSO QUE DERRAMÓ EN MI OÍDO, ¡BELENO!, PRODUCIENDO UNA HORRIBLE MUERTE AL INSTANTE. ASÍ QUEDÉ, MIENTRAS DORMÍA, POR LA MANO DE MI PROPIA SANGRE, PRIVADO DE VIDA, DE CORONA Y DE ESPOSA.



¿QUÉ ME PIDES? EL HORROR ME ENVUELVE AL ESCUCHARTE. Y LA IRA TAMBIÉN. Y LA SORPRESA.



POR FAVOR, EN TUS MANOS QUEDA LA VENGANZA, PERO NO PERMITAS HACER NADA CONTRA TU MADRE, DÉJALE ESA TAREA AL CIELO. EL ALBA YA SE ACERCA. ADIÓS, HAMLET, ADIÓS. ACUERDATE DE MÍ Y DALE A MI ALMA DESCANSO.



¡QUÉ ESPANTO! MI TÍO, MI MADRE, MI PADRE. ¡VILLANO, SONRIENTE, CONDENADO!



¿QUÉ TE PASA, HAMLET? EL CIELO TE AMPARE, ¡QUÉ CARA TIENES!

CHIKUILLO, PAJARITO, VEN, VEN.

¿QUÉ TE PASA?

¡OH, ESTUPENDAS NOTICIAS! QUE NO TE DIRÉ. ¿SABRÁS GUARDAR ESTE SECRETO?

SEÑOR, TODA LA VIDA HE SIDO TU CONFIDENTE.



¡ESCUCHA, HORACIO. NUNCA HA HABIDO UN VILLANO EN ESTE PAÍS QUE NO SEA UN TRIUNFADOR DE MUCHO CUIDADO.

PERO ESO NO HACE FALTA QUE LO DIGA UN ESPECTRO.



CIERTO. HORACIO, CONVIENE AHORA SEPARARNOS. IRÉ A REZAR. ¡TE OFENDE MI DESCONFIANZA?. HE ESCUCHADO UN ESPECTRO HONESTO. SOLO HAZME UN FAVOR, UN ÚNICO FAVOR. NO DIGAS A NADIE QUE HABLO CON FANTASMAS. JÚRAMELO. SOBRE MI ESPADA.



NO ENTIENDO.

HAY MÁS COSAS, HORACIO, EN EL CIELO Y LA TIERRA QUE EN TODA TU FILOSOFÍA.



JURA.



ESCUCHA ESA VOZ GRAVE, DESCANSARÁ YA ESE ESPÍRITU TURBADO. AMARGA MALDICIÓN, NACÍ PARA PONER ORDEN EN ESTE CAOS.



ALGO HUELE MAL EN DINAMARCA.

Y ES PEOR. MARCHÉMONOS JUNTOS.



Escena 1

Ofelia terminaba de peinar su largo cabello cuando vio entrar a Hamlet, con la camisa rota, demacrado, con señas claras de no haber dormido en toda la noche. Con sus ojos fuera de sí, le tomó la mano.

—¿Qué te pasa, Hamlet?

Hamlet apretó su muñeca.

—¿A mí? Nada. ¿A ti? Nada, espero.

Hamlet salió en el mismo momento en que entraba Polonio.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué esa cara?

—Padre, qué miedo me ha provocado el Príncipe Hamlet. Ha venido todo desarmado, con cara de haber salido del infierno...

—¿Enloquecido de amor por ti?

—No lo sé. Pero lo temo.

—¿Qué te dijo?

—Nada, casi nada. No me acuerdo. Tal fue el espanto que me produjo.

—¿Acaso lo has tratado con dureza últimamente?

—No, pero como me señalaste, rechacé sus cartas y no lo dejé que me hablara.

—Esto no es otra cosa que penas de amor. Vamos con el Rey, esto debe saberse. Vamos.

Escena 2

En medio de las mesas del almuerzo, sonaron las trompetas y entraron los jóvenes Rosencrantz y Guildenstern a saludar al Rey Claudio y a la Reina Gertrudis.

—Bienvenidos, amigos. Qué bueno que han venido pronto —dijo el Rey—. Hamlet, vuestro amigo y compañero, está tan transformado. Quizás ha sido la muerte de su padre, tal vez eso lo ha puesto fuera de sí y de sus cabales.

—Gentiles caballeros...

—Díganos, Su Alteza, nuestra Reina.

—Ayúdenos a comprender qué le ha sucedido a nuestro hijo.

Rosencrantz y Guildenstern pusieron una rodilla en el suelo e inclinaron la cabeza.

—Sus deseos, Altezas, son una orden; y la ayuda al Príncipe Hamlet, un deseo nuestro.

El Rey Claudio hizo sonar las palmas. Entraron criados.

—Alojen a estos señores en las mejores habitaciones.

—Quieran los cielos que les resultemos útiles.

Nada más saliendo Rosencrantz y Guildenstern entró Polonio, el consejero.

—Su Alteza, los enviados a parlamentar a Noruega con el Príncipe Fortimbrás hijo, hoy Rey, han vuelto felizmente. El Rey nos pide pasar con sus ejércitos por nuestro país en paz para atacar al Rey de Polonia.

—Siempre traes buenas noticias, Polonio.

—No sé si tan buenas. He encontrado la causa del delirio de Hamlet, su hijo.

—Cuenta, cuenta.

—Voy a ser breve: su hijo está loco. Locura llamo a eso pues definir qué cosa en verdad es locura, ¿qué otra cosa sería, sino estar loco?

—Menos cháchara y más contenido. Nos inquietas.

—Que está loco es verdad, y también es verdad que sea una lástima, y es una lástima que sea verdad. Para este defecto hay una causa. Mucho ojo: tengo una hija que ha recibido cartas de amor de su hijo.

—¿Y cómo ha recibido ella su amor?

—¿Pues qué piensan de mí?

—Que eres un hombre honorable y leal.

—Espero demostrarlo. Aconsejé a mi hija no darle tanto vuelo a las palabras del joven Hamlet. Rechazó sus visitas y le devolvió sus cartas. Hecho lo cual, el joven Príncipe cayó en una tristeza feroz, luego en el ayuno, de ahí en la vigilia, de ahí en la flaqueza, de ahí en el delirio y por ese espiral, en la locura que ahora desvaría y que todos deploramos.

—¿Crees que es eso? —dijo el Rey Claudio.

—Suena creíble —respondió la Reina Gertrudis.

—Lo investigaré de todas formas. Debo confirmarlo.

A lo lejos apareció Hamlet, vestido de negro, leyendo un libro, deambulando.

—Miren donde viene —dijo la Reina.

—Salgan —dijo Polonio—, que yo me encargo. Escuchen si quieren detrás del tapiz.

Polonio alcanzó a Hamlet y se inclinó ante él.

—¿Cómo está Su Alteza, el buen Hamlet?

—¿Yo? Bien, gracias a Dios.

—¿Me conoces, señor?

—Perfectamente, eres un pescadero, eso, un pescadero.

Polonio rio nervioso.

—Yo no, señor. ¿Un pescadero? No, no.

—Entonces quisiera que fueras un hombre así de honrado.

—¿Honrado, señor?

—Sí, señor, honrado. Tal como está el mundo es ser uno elegido entre dos mil.

Polonio se quedó pensando.

—Es muy cierto, señor —dijo.

—Porque si el sol cría gusanos en un perro muerto, que es carne podrida buena de besar... ¿Tienes una hija?

—Tengo una, señor.

—No la dejes andar al sol. Cuida de ella, amigo.

Polonio se quedó pensando: “Siempre el tema de mi hija. Está completamente ido. En mi juventud sufrí desastres de amor yo también”.

—¿Qué lees, señor mío? —le dijo a Hamlet.

—Palabras, palabras, palabras.

—¿De qué se trata, señor?

—¿Tratos? ¿Entre quiénes?

—El libro digo, señor. De qué se trata el libro.

—Ah. Calumnias, amable señor, calumnias. El satírico escritor dice que los ancianos tienen barbas grises, que tienen las caras arrugadas como pasas, que sus ojos escurren goma de ciruelo y que tienen una terrible falta de criterio junto con la espalda débil. No es honesto declararlo así. Tú mismo, amable señor, serías de mi misma edad si pudieras caminar como un cangrejo.

—¿Cómo?

—De adelante hacia atrás.

Polonio carraspeó.

—¿Quisiera ir a un lugar donde no le dé el aire, señor?
Hamlet se detuvo.



—¿A mi tumba?

Polonio se estremeció. Se rio falsamente.

—En efecto, allí no da el aire.

Lo dejó seguir andando con el libro en la mano mientras pensaba: “La locura tropieza a menudo con la razón. Voy a planear un encuentro con mi hija”.

Corrió para alcanzarlo.

—Honorable señor mío, pido permiso para dejarlo.

—¿Dejarme solo? No puedes pedir nada de lo que yo me desprenda con más gusto... Excepto mi vida...

Polonio hizo una venia y salió.

—Estos tediosos viejos tontos —masculló Hamlet.

Escena 3

En eso lo alcanzaron Rosencrantz y Guildenstern, sus compañeros de estudio. Se abrazaron contentos.

—¿Qué noticias hay, amigos?

—Ninguna, señor, salvo quizás que el mundo se ha vuelto honrado —dijo Rosencrantz.

—Entonces está cerca el Día del Juicio —sentenció Hamlet—. Esa noticia no es verdadera. Díganme la verdad. ¿Quién les ha mandado aquí a la cárcel?

—¿A la cárcel, señor? —preguntó Guildenstern, extrañado.

—Dinamarca es una cárcel —aclaró Hamlet, convencido.

—Entonces el mundo es otra —contestó Rosencrantz.

—Y muy buena —dijo Hamlet—. En la que hay muchas, pero muchas celdas, calabozos y mazmorras, y Dinamarca es una de las peores.

—No pensamos eso, señor —dijo Rosencrantz.

Hamlet los miró.

—Aquí, entre amigos. ¿Qué hacen en Elsinore?

Rosencrantz y Guildenstern se miraron entre sí antes de hablar.

—Visitarte, Príncipe, no hay otro motivo.

Hamlet sonrió de manera curiosa.

—¿No les han mandado llamar? ¿Es una visita libre? Vamos, hablen, hablen.

—¿Qué quieres escuchar?

—Hombre, cualquier cosa, pero que sea sincera. Los han mandado llamar el Rey y la Reina.

—¿Con qué fin lo habrían hecho?

—Ah, no sé. Eso deberán decírmelo ustedes. Sean francos, ¿los enviaron o no?

—Señor, es cierto. Nos mandaron llamar —contestó Rosencrantz.

—Me lo imaginaba. Últimamente, pero no sé por qué, he perdido la alegría, he abandonado todo ejercicio, la tierra me parece una fábrica inútil, y el cielo un sucio y pestilente vapor. El hombre no me deleita, ni tampoco la mujer. ¿Por qué te reíste cuando dije que el hombre no me deleitaba?

Rosencrantz sonrió.

—De pensar, señor, que si no te deleitaba el hombre, qué mezquina recepción tendrán de ti los cómicos.

—¿Los cómicos? —preguntó interesado Hamlet, con una mirada muy distinta a la vista perdida de antes.

—Los dejamos atrás en el camino —dijo Guildenstern.

—Los mismos que solían deleitarte, los trágicos de la ciudad.

—¿Cómo es que andan viajando? —dijo Hamlet.

—Disposiciones últimas de la corona.

—La peste pasada quizás —dijo Guildenstern.

—¿Siguen teniendo el mismo prestigio que cuando yo estaba en la ciudad?

Escucharon gritos y cantos acercarse al palacio.

—Ahí vienen los cómicos —dijo Guildenstern.

Hamlet dejó escapar una carcajada.

—Vamos con ellos. Son más fieles hoy que cualquiera. Señores, sean bienvenidos a Elsinore. Les advierto antes que nada que mi tío padre y mi tía madre se equivocan.

—¿En qué, señor? —preguntó Guildenstern.

Hamlet lo miró agudo.

—Solo estoy loco al nor-noroeste; cuando hay viento del sur, distingo perfectamente un halcón de un serrucho.

Hamlet corrió hacia los carretones de los cómicos viajeros.

—Bienvenidos, maestros, bienvenidos todos. Me alegro de verlos de nuevo. ¿Me reconocen? Yo a todos. Han sido mi alegría y mi emoción. Tú, maestro, recítame algo... algo emocionante... como el asesinato de Príamo.

Un cómico se dispuso a recitar.



*AQUEL QUE CON SUS ARMAS, NEGRAS COMO SUS PRO-
PÓSITOS, SEMEJABA LA NOCHE CUANDO ECHADO YACÍA EN
EL FATAL CORCEL, HA EMBADURNADO AHORA SU TEZ DE
UNA HERÁLDICA AÚN MÁS ESPANTOSA*.

*PRONTO LO ENCUENTRA, LANZANDO VARIOS GOLPES A LOS
GRIEGOS, SU ANCIANA ESPADA, REBELDE ANTE SU BRAZO, SE
QUEDA DONDE CAE, DESOBEDECIENDO SUS ÓRDENES*.



Hamlet aplaudió.

—Está bien, pronto te haré recitar lo demás. Veré que los traten bien... ¡Polonio! Debe estar escondido detrás de un tapiz. Ahí aparece.

Polonio vino e hizo una venia.

—¿Señor?

—Ve que los traten bien, porque ellos son la crónica de los tiempos.

—Los trataré como merecen.

—No, mejor. ¿Quién escapa a los azotes? Llévalos a sus cuartos. Tú, maestro de los cómicos, quédate conmigo. Rosencrantz, Guildenstern, mis amigos por encargo, vayan con ellos también que deben tener mucho que hacer.

Hamlet se llevó a un costado al cómico de más edad, el jefe del grupo.

—¿Puedes preparar una comedia para mañana? ¿Me oyes, viejo amigo? ¿Puedes representar *El asesinato de Gonzago*?

—Pues claro que sí, mi señor Príncipe, será un honor.

—Lo veremos mañana por la noche. ¿Podrías estudiar un parlamento de doce o dieciséis versos que yo escribiría e insertarlo en la obra? ¿Podrías hacer eso?

El cómico asintió.

—Entonces sigue a ese caballero que aún no ha dejado los pañales.

—Tal vez por su edad ha vuelto a ellos. No es bueno burlarse de los viejos.

—El problema es cuando ellos se burlan de uno. Descansa, que prepararemos la representación.

POR CIERTO, ES UNA GRAN VALENTÍA QUE YO, HIJO DE AQUEL QUERIDO ASESINADO, LLAMADO A LA VENGANZA POR EL CIELO COMO POR EL INFIERNO, TENGA QUE DESAHOGAR MI CORAZÓN CON PALABRAS. A LA TAREA, CEREBRO MÍO. HE ESCUCHADO DECIR QUE UNOS SERES CULPABLES QUE HABÍAN ASISTIDO A UNA COMEDIA, GRACIAS AL MISMO ARTIFICIO DE LA ESCENA, QUEDARON TAN HERIDOS DEL ALMA QUE EN SEGUIDA DECLAMARON SUS MALDADES. MANDARÉ QUE ESTOS COMEDIANTES REPRESENTEN ALGO COMO EL ASESINATO DE MI PADRE. LOS OBSERVARÉ EN VIVO, CON QUE TAN SOLO SE ESTREMEZCAN SÉ LO QUE DEBO HACER. LA COMEDIA ES EL MEDIO DE QUE ME VALGO PARA TENDER AL ALMA DE LOS MONARCAS UN FUERTE LAZO. EL TEATRO ES UNA TRAMPA DE LA QUE LOS CULPABLES NO HUYEN. A ESCRIBIR, AHORA, CORAZÓN MÍO.





Escena 1

En el palacio, el Rey y la Reina junto a Polonio y la bella Ofelia recibían a Rosencrantz y Guildenstern mientras veían por las ventanas cómo Hamlet hablaba con los cómicos.

—¿Y no han conseguido, muchachos, arrancarle con ninguna treta ni truco por qué esa confusión que aturde sus días con una locura turbulenta y peligrosa? —preguntó el Rey a los jóvenes.

—Él mismo dice que se siente distraído, pero de su causa no quiere hablar palabra.

—Se escabulle con demencias sutiles cuando lo apremiamos a que confiese su verdadero estado —agregó Guildenstern.

—¿Los recibió bien? —preguntó la Reina Gertrudis.

—Como un caballero —dijo Rosencrantz.

—¿Lo invitaron a alguna diversión? —inquirió la Reina.

—En el camino nos encontramos con los cómicos —dijo Rosencrantz—. Y pareció alegrarse, se quedarán hoy en la corte y les iba a pedir que representaran algo para él.

—Y seguramente solicitará a Sus Majestades asistir a la función.

El Rey los miró y sonrió satisfecho.

—Alegra mi corazón verlo así dispuesto. Sigán, caballeros, respaldando esas diversiones.

—Así lo haremos, señor —dijo Rosencrantz con una venia.

Tras un gesto del Rey, salió con Guildenstern.

—Retírate tú, también, dulce Gertrudis. Hemos llamado en secreto a Hamlet para que se encuentre con Ofelia y parezca una casualidad. Con Polonio, su padre, nos esconderemos como legítimos espías para ver si son de amor sus males.

—Lo haré de inmediato —dijo la Reina y se acercó a Ofelia—. Espero que sea tu belleza la causa del dolor salvaje de mi hijo y tus virtudes lo rescaten devolviéndole su ánimo.

Ofelia hizo una venia asintiendo.

En cuanto salió la Reina, Polonio cerró la puerta y se acercó a su hija:

—Pasea por aquí, Ofelia. Majestad, nos esconderemos allá mientras Ofelia lee. Un rostro devoto y una acción piadosa pueden endulzar al mismo diablo.

Mientras Polonio se escondía tras un tapiz, el Rey se hizo a un lado:

—Palabras así azotan mi conciencia. Hechos repugnantes que maquillo con palabras. Qué pesada carga llevo —se dijo.

—¡Majestad! Ya viene. Escondámonos —lo llamó Polonio.

Ofelia se colocó junto a la ventana y entró Hamlet,

SER O NO SER, ESE ES EL DILEMA. ¿QUÉ ES MEJOR PARA LA MENTE? ¿SUFRIR LOS ATAQUES DE LA FORTUNA, SUS DARDOS Y SUS FLECHAS? ¿O LEVANTARSE EN ARMAS CONTRA UN MAR DE PROBLEMAS A VER SI ASÍ CESAN? O MORIR, DORMIR. NADA MÁS. Y QUE CON UN SUEÑO PONGAMOS FIN AL DOLOR DEL CORAZÓN Y A TODOS LOS MILES DE MALES DE LA CARNE. MORIR, DORMIR, DORMIR... ¿SONAR ACASO? ESE ES EL LÍO. ¿EN EL DORMIR DE LA MUERTE QUÉ SUEÑOS VENDRÁN? POR ESO DURAN TANTO LAS CALAMIDADES. ¿QUIÉN PUEDE SOPORTAR TANTO? ¿LLEVAR UNA CARGA TAN PESADA? NADIE, SI NO FUERA POR ESE PAÍS POR DESCUBRIR MÁS ALLÁ DE LA MUERTE QUE NOS CONFUNDE, HACIÉNDONOS PACIENTES ANTES QUE ENFRENTAR LO DESCONOCIDO. ESA CONCIENCIA A TODOS NOS VUELVE COBARDAS. LA RESOLUCIÓN SE DESVANECE. NADA VUELVE A MEREZER EL NOMBRE DE ACCIÓN.



De pronto salió de su distracción y vio a Ofelia.

—¿Señor, Príncipe Hamlet, cómo te encuentras después de tantos días?

—Oh, yo... humildemente, gracias, bien, bien, bien.

—Mi señor...

—¿Por qué tanto respeto, Ofelia?

—Guardaba algunos obsequios tuyos. Hace tiempo quería devolvértelos, te lo ruego, tómalos ahora.

—No, no, no. Nada te he dado.

—Me los diste, acompañados de un dulce aliento y dulces palabras. Han perdido su perfume. Tómalos, Príncipe.

Hamlet enmudeció. Hizo una pausa. La miró.

—¿Ofelia? ¿Eres honesta?

—¿Yo?

—¿Eres hermosa?

—¿Qué me quieres decir, Hamlet?

—Que si eres honesta y hermosa, nunca debería tener trato tu honestidad con tu belleza.

—¿Podría acaso tener mejor trato con la honestidad que con la belleza?

—Cierto, cierto. Ofelia, yo te amé una vez.

—Así me lo hiciste creer.

—No tenías que haberme creído. No te amaba.

—Tanto mayor fue mi decepción.

—¿Sabes, Ofelia? Enciérrate en un convento. ¿Para qué parir pecadores? Yo que soy honesto a medias, de tantas cosas podría acusarme que mi madre mal hizo de haberme tenido. Soy orgulloso, vengativo, ambicioso, con tantas faltas que no me alcanzan las palabras. ¿Por

rra? Somos todos unos canallas. No te fíes de gente como yo. Vete a un convento.

Ofelia quedó perpleja al escucharlo, muda.

—¿Dónde está tu padre? —preguntó Hamlet, trastornado.

—En casa, supongo...

—Procura entonces que estén bien cerradas las puertas, para que no salga a hacer el loco en ninguna parte. Adiós.

—¡Dios mío! —exclamó Ofelia.

—Y si alguna vez te casas —agregó Hamlet—, he aquí esta plaga como dote: sé casta como el hielo y pura como la nieve, que no te librarás de la calumnia. ¡A un convento! ¡Vamos! Y si te casas, hazlo con un tonto, que a los sabios bien se sabe en qué los convierten ustedes. ¡Al convento! ¡Rápido! Adiós.

Ofelia sintió cómo se le apretaba el corazón de ver a Hamlet trastornado y furioso.

—Dios mío —dijo en un susurro—. Devuélvele la razón, oh Dios mío.

—He oído de tus maquillajes. Lo sé. Dios les dio un rostro y se lo cambian. Te contoneas, tarareas, a todas las criaturas de Dios pones un apodo y quieres parecer ingenua. Eso fue lo que me volvió loco. ¡Ya está bueno de casamientos! De entre los casados, vivirán todos... menos uno. ¡Vamos! ¡A un convento! ¡Vete!

Hamlet bajó los escalones raudo, como llevado por la ira.

—Su noble inteligencia perdida... Flor y esperanza del Reino... Yo, la más infeliz, la más miserable. Haber visto lo que he visto y ver esto ahora —dijo quedamente Ofelia.

El Rey y Polonio salieron tras el tapiz. Polonio abrazó a su hija, que rompió a sollozar.

—¿Amor? —dijo el Rey—. Por ahí no va la cosa. Algo oculta su alma donde se asienta la melancolía y con ella el peligro. ¡Polonio! ¡Debe partir lo más pronto posible a Inglaterra! ¡Que reclame el tributo que nos adeudan! Tal vez los mares y los países diferentes limpien su corazón de aquello que lo hace perder el control. ¿Qué te parece?

—Todavía creo que lo suyo es un amor desdichado —dijo Polonio—. Ya lo hemos escuchado hablarle a Ofe- lia. Veamos qué sucede tras la representación. Dejemos que la Reina, su madre, lo llame a solas para mostrarle sus aflicciones. Yo, oculto, pondré oído como ahora. Si ella no consigue nada, enviémoslo a Inglaterra o confiné- moslo donde su sabiduría, Alteza, lo determine.

ASÍ SERÁ. LA LOCURA DE LOS GRANDES NO DEBE ESTAR SIN VIGILANCIA



Escena 2



Los cómicos se juntaron con Hamlet esa tarde. Este les entregó los versos que había escrito.

—Díganlos tal como yo los he recitado, que salgan con naturalidad de su lengua. Si los declaman a la manera de muchos actores, mejor dárselos a un pregone- ro. Usen también las manos con delicadeza. Me ofende el alma escuchar a un robusto actor con su peluca des- trozando la pasión que interpreta. Tampoco exageren la modestia. Dejen que la discreción sea su guía. Ajusten en todo la acción a la palabra y la palabra a la acción. Cual- quier exageración es contraria al arte del actor, cuyo fin ha sido y será poner un espejo ante el mundo, mostrarle a la virtud su propia cara, al vicio su propia imagen. Y

esto sin exageraciones, pues aunque hacen reír a los tontos, entristecen a los sabios, cuya crítica, aunque sea solo de uno de ellos, debe importarles más que un teatro repleto de necios.

—Confíe en nosotros, Príncipe Hamlet.

—Y procuren que los bufones no digan más que el texto buscando risas fáciles. Eso es intolerable. Ya está. Vayan a prepararse.

Hamlet despidió a los cómicos cuando vio entrar a Polonio.

—¡Polonio! ¿Vendrán el Rey y la Reina a ver nuestra obra maestra?

—¡Al instante!

—Anda, Polonio, que no falten a la invitación.

Salió Polonio y entró Horacio, el siempre fiel amigo de Hamlet.

—Eres el hombre más equilibrado que conozco, Horacio.

—No, Hamlet, solo soy leal.

—No es adulación. Desde que puedo distinguir entre los hombres a ti te marqué con un sello. Dame un hombre que no sea esclavo de sus pasiones y le colocaré en el centro de mi corazón, donde te he puesto a ti. Atento, Horacio, que esta noche habrá teatro ante el Rey, una de cuyas escenas es cercana a lo que te conté sobre la muerte de mi padre. En ese instante te ruego que observes atentamente a mi tío Claudio. Si una culpa oculta no se revela en tal momento, el fantasma no era tal y mi imaginación, la de un loco. Después lo comentaremos.

Sonaron trompetas. Entraron portando antorchas. El escenario estaba listo. La corte completa se repartió en la sala.

—¿Cómo estás, sobrino? —saludó a Hamlet el Rey.

—Muy bien, me alimento del aire como los camaleones y engordo con la esperanza.

—Eso no me incumbe, Hamlet.

—Ni a mí tampoco —dijo el Príncipe.

Vio a su madre sentarse y fue a colocarse junto a sus rodillas en el piso.

—Bello hijo mío, siéntate junto a mí.

—No hay imán más poderoso, pero lo lamento, madre, aquí hay otro más atractivo —dijo Hamlet y se sentó junto a Ofelia.

—¿Me dejas apoyar la cabeza en tu regazo?

—No.

—Nada más que poner la cabeza en tu regazo.

—Ah, sí, bien está.

—¿Qué otra cosa pensaste que tenía en mente?

—Nada, nada pensé, Hamlet.

—Lindo pensamiento entre las piernas de una doncella.

—¿Cómo, Hamlet?

—Nada, nada pensé, Ofelia.

—Estás de buen humor.

—¿Quién? ¿Yo?

—Sí.

—¿Solo me consideras un bufón? ¿Por qué no puedo estar contento? Mira lo alegre que está mi madre y mi padre murió hace dos horas.

—Querrás decir el doble de dos meses.

—¿Tanto tiempo ha pasado? Que el diablo se vista de luto que yo me vestiré de gala. ¿Dos meses muerto y todavía sin olvidar? ¿Qué tiempo se necesita? ¿Seis meses? Escucha, que comienza la representación.

Aplaudieron a los cómicos. La música inundó la sala.

El bufón entonó el prólogo: “Para nosotros y la tragedia, vuestra clemencia pedimos y también la paciencia”.

Salió de la escena.

—¿Tan corto? —preguntó Ofelia.

—Como el amor de una dama —le contestó sonriente Hamlet.

Entraron los actores disfrazados de Rey y de Reina en actitud amorosa, abrazados.

—“Cualquier otro amor sería traición en mi pecho. Que aquella que segundo marido ha tomado, si se casa con el segundo, al primero ha matado” —dijo el actor que hacía de Reina.

—“Solemne ha sido el juramento. Déjame, amada, ahora. Me siento cansado. Que el dormir engañe el tedio del día” —dijo el actor que hacía de Rey.

El actor-Rey se tendió a dormir la siesta.

—“Que te arrulle el sueño, que nunca la desgracia nos separe”.

Hamlet miró a su madre y le hizo señas.

—¿Te gusta la obra, mamá?

—Creo que la Reina promete demasiado —le contestó Gertrudis.

—¿Hay algo ofensivo en el argumento? —preguntó inquieto Claudio a Hamlet.

—No, todo es broma. Veneno de broma, nada ofensivo.

—¿Cómo se llama la obra? —preguntó el Rey.

—*La ratonera* —contestó Hamlet—. Es una metáfora. Es un asesinato cometido en Viena. Ahora lo verán. Es una perfecta canallada. ¡Pero a quién le importa! Tenemos el alma limpia y en nada nos toca.

El actor-Reina en cuanto lo ve dormirse, lo abandona.

Entra otro actor.

—¿Y ese quién es? —preguntó Ofelia.

—Luciano, su sobrino.







Hamlet dejó escapar una carcajada:

—La historia es verdadera y circula en perfecto italiano. Le envenena en el jardín y le arrebató su poder. También verán cómo le arrebató su mujer a este pobre hombre.

El Rey Claudio se levantó furioso de su asiento.

—¡El Rey se levanta! —gritó Ofelia.

—¿Cómo? ¿Se asusta con el arte? —dijo Hamlet.

Polonio se subió al escenario.

—¡La representación ha terminado!

Todos salieron despavoridos de la sala siguiendo a un Claudio frenético, tanto la corte como los cómicos, menos Hamlet y Horacio.

—Mi buen Horacio, el espectro tenía razón. Te apuesto 1280 libras.

—Y tanto, mi señor.

—¡Hablaban del veneno!

—No me perdí detalle.

En eso entraron Rosencrantz y Guildenstern.

—Solo una palabra contigo, Príncipe —dijo Rosencrantz.

—Una historia entera si les parece.

—El Rey...

—¿Qué pasa con el Rey?

—Está en su cuarto, muy rabioso y destemplado —dijo Guildenstern.

Hamlet sonrió.

—¿A causa de lo que ha bebido?

—No, a causa de la cólera —contestó Rosencrantz.

—Mejor llaman a un médico, que mi tratamiento solo le daría más cólera.

—La Reina, tu madre, sumida en una profunda aflicción, nos envía para buscarte —dijo Guildenstern.

—Desea hablarte en privado, en su habitación, antes de acostarse —agregó Rosencrantz.

Hamlet miró los instrumentos de los cómicos, amontonados junto al escenario. Tomó una flauta y se la mostró a Rosencrantz y Guildenstern.

—¿No querrían tocar la flauta?

—No sabría cómo, Hamlet —dijo Guildenstern, extrañado.

—Se los ruego.

—De verdad, no sabría.

—Por favor...

—No sabría ni siquiera cómo.

Hamlet tomó la flauta y le arrancó un sonido.

—Es fácil, como mentir. Pon los dedos aquí, Guildenstern, y soplas y ya.

—Sería incapaz de sacarle sonido alguno.

—Entonces... ¿soy yo más fácil de tocar que una flauta? Manoséenme como quieran, que no podrán tocarme.

Hamlet hizo un ademán de retirarse cuando Horacio le señaló que entraba Polonio.

—La Reina lo requiere, Príncipe, con urgencia.

—¿Ves esa nube, Polonio? ¿No es cierto que se parece a un camello?

—Cierto.

—¿O no es más bien una comadreja?

—Puede ser, el lomo es como de una comadreja.

—¿O una ballena?

—Sí, se le parece mucho.

Hamlet hizo sonar sus palmas.

—Déjenme solo. Iré a verla en un momento.

Esperó que todos se retiraran.

—Se burlan de mí hasta el límite. Llegó la hora bruja de la noche, cuando las tumbas de la iglesia bostezan y el infierno contagia al mundo. Podría beber sangre caliente y hacer amargos negocios que espantarían a la luz del día. ¡Silencio! Iré a ver a mi madre. No pierdas tu naturaleza, corazón. Déjame ser cruel, pero no monstruoso. Le diré puñales, pero no los usaré contra ella. Mi lengua y mi alma serán hipócritas, y si la ofenden... no permita mi alma que dejen huella.

Escena 3

Rosencrantz y Guildenstern se sentaron delante del Rey, quien sujetaba con dificultad su malestar.

—Ni me agrada ni es prudente seguir dando rienda suelta a su locura. Prepárense para acompañarlo a Inglaterra. Les doy estas credenciales. Su demencia crece por horas y es peligroso para nuestro Estado. Vayan de inmediato, hemos de poner freno a este terror que se arrastra sin cadenas.

—Estaremos preparados, Su Alteza.

Rosencrantz y Guildenstern besaron la mano del Rey.

—Partirán en el primer barco.

Entró Polonio, quien saludó a los jóvenes. Los vio salir y cerró la puerta tras de sí, intrigante.

—Mi señor, ya se dirige al dormitorio de la Reina. Me esconderé tras un tapiz y lo escucharé todo. Volveré a contarte, mi señor, todo lo que escuche.

—Gracias, fiel Polonio.

El Rey lo vio salir y se miró en el espejo del cuarto.

—Mi sucia ofensa huele hasta el cielo. Llevo la marca de la más antigua maldición: el asesinato de un hermano. No puedo rezar. No puedo. ¿Se ha endurecido esta mano con la sangre fraterna? ¿No hay lluvia suficiente



en el dulce cielo para lavarla blanca como la nieve? Mi delito es pasado. ¿Qué oración me serviría? ¿Perdonaría mi loco asesinato? Poseo todo lo que me hizo matarlo: mi corona, mi ambición, mi esposa. En el quehacer corrupto de este mundo se pueden vencer las leyes. Pero nunca en el cielo. ¿Qué hago entonces? ¿Qué falta? Arrepentirse. ¿Y si no puedo? Oscuro es mi corazón, como la muerte. ¡Ángeles del cielo, ayúdenme! ¡Dóblense, rodillas!

Se dejó caer, arrodillado, sin darse cuenta de que por la puerta entreabierta lo miraba Hamlet.

El Príncipe se llevó la mano al cinto donde llevaba siempre la daga.

—Puedo hacerlo ahora mismo, ahora que está rezando. No, se iría al cielo. No, eso sería premio, no venganza. No, detente, puñal. Elijamos el horror de otro momento.

Cerró la puerta con cuidado.

—Vamos, que la Reina espera.

Escena 4

Polonio abrió la puerta del dormitorio e hizo pasar a la Reina, de rostro afligido.

—Está a punto de llegar, Su Alteza. Regáñelo como corresponde. Dígale que sus jugarretas ya son insoportables. Yo me esconderé por aquí, en silencio. Recuerde, Majestad, sea clara y firme.

La Reina asintió.

En eso escucharon la voz de Hamlet llamándola.

—¡Madre! ¡Madre! ¡Mamá!

—Déjame hacerlo, Polonio. Retírate que aquí llega.

Polonio buscó su escondite y se hizo invisible a Hamlet, quien en ese momento golpeaba la puerta del dormitorio de su madre, la Reina.

—¿Cuál es el tema, mamá?

—Hamlet, has ofendido gravemente a tu padre.

—Madre, has ofendido gravemente al mío...

—Vamos, no seas indolente.

—Vamos, no seas mordaz.

—¿Qué te pasa, Hamlet?

—¿Qué te pasa, madre?

—¿Se te olvida quién soy?

—No, cómo se te ocurre. Por Dios que no. Eres la Reina, la mujer del hermano de tu marido. Y, lamentablemente, también mi madre.

—Te enviaré con alguien que pueda hablarte.

—Vamos, siéntate. No dejaré que te muevas —dijo Hamlet, empujándola contra el lecho con dosel—. No te dejaré ir hasta que enfrentes un espejo donde veas lo más recóndito y oscuro de ti misma.





¿QUE PRETENDES? ¿QUIERES
ASESINARME? ¡SOCORRO!
¡SOCORRO! ¡VENGAN!



DIOS MIO...
¿QUE HAS
HECHO?

NO SABRIA
DECIRLO...
¿ES EL REY?



ES SANGUINARIO...

¿SANGUINARIO?
CASI TANTO
COMO
MATAR AL REY Y
CASARSE CON SU
HERMANO...



¡SOCORRO!
¡AQUI, EN EL
DORMITORIO
DE LA REINA!



VAYA, VAYA,
HAY RATAS.



¿COMO MATAR
AL REY?



AAAGH...



APUESTO QUE ESTÁN MUERTAS.

¡¡AAAAHH!!...

CRASH!!



ESO DIJE, ESAS FUERON
MIS PALABRAS.



TE TOMÉ POR ALGUIEN
DE MAYOR RANGO.
ACEPTA TU SUERTE,
INTRUSO, TORPE.
ADIÓS.

¡BASTA DE RETORCERTE LAS
MANOS, MAMA! SIENTATE,
QUE ME TOCA RETORCERTE
EL CORAZÓN, SI ESO AÚN
ES POSIBLE Y NO SE
HA ENDURECIDO.



¿QUÉ HE HECHO PARA QUE ME TRATES ASÍ, TAN BRUTALMENTE?



MIRA ESTE RETRATO, MI PADRE HAMLET, Y ESTE OTRO, SU HERMANO CLAUDIO.



ESTE ERA TU ESPOSO Y AHORA TAMBIÉN EL OTRO. ¿TIENES OJOS? ¿DE VERDAD AÚN TIENES OJOS? NO ME DIGAS QUE FUE AMOR, QUE A TU EDAD ESE CALOR YA DEBERÍA HABERSE ENFRIADO. ¿QUÉ DEMONIO FUE EL QUE CEGÓ ESOS OJOS? ¡VERGÜENZA! ¿CÓMO ES QUE NO TE PONES COLORADA?



HAMLET, NO ME SIGAS HABLANDO. HACES QUE MIS OJOS MIREN AL FONDO DE MI ALMA Y VEO MANCHAS NEGRAS QUE NO PUEDO BORRAR.

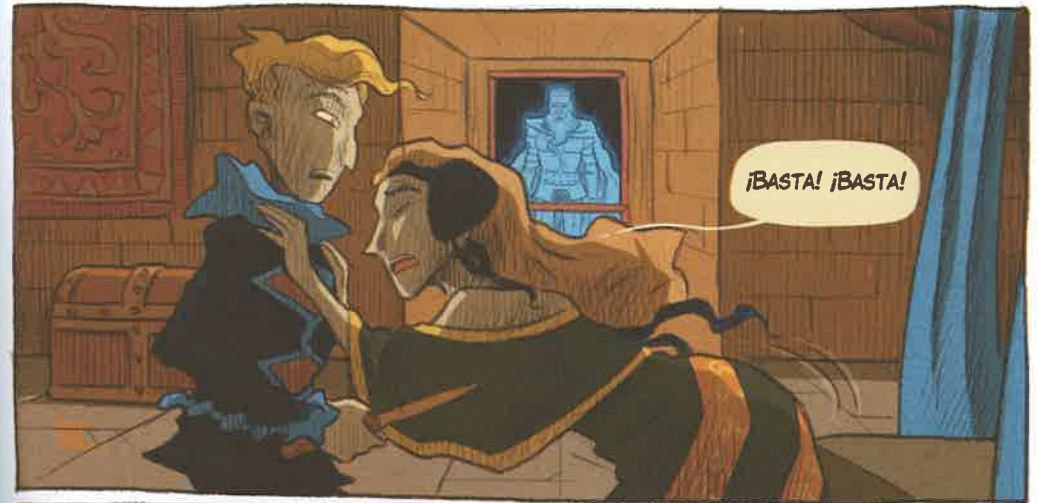


SIN EMBARGO, VIVES EN EL MAL OLOR DE UN LECHO INFECTO, HACIENDO EL AMOR ENTRE BASURA.

BASTA, MI DULCE HIJO. CLAVAS TUS PALABRAS EN MIS OÍDOS. DEJA ESA DAGA Y ESE MEDALLÓN. ME TORTURAS.



¡HAS ELEGIDO A UN ASESINO! ¡UN LADRÓN! ¡UN TRAIOR!



¡BASTA! ¡BASTA!



¡ÁNGELES DEL CIELO! ¡SALVENME! ¿QUÉ QUIERES, NOBLE FIGURA?



¿QUÉ TE PASA, HAMLET? ¿TE HAS VUELTO LOCO?



LA HAS ASUSTADO CON CRUELDAD, HIJO. CÁLMALA. ¡HÁBLALE, HAMLET!



¿CÓMO SE SIENTE, SEÑORA?



¿Y TÚ, CÓMO TE SIENTES TÚ?



NO HABLO CON EL AIRE. LE HABLO A EL. ¿NO VES NADA ALLÍ, EN LA VENTANA?

No.



¿NO ESCUCHASTE NADA TAMPOCO?

SOLO A NOSOTROS, ESO NADA MÁS. ¿DELIRAS?



¿DELIRIO? NADA DE LO QUE HE DICHO ES LOCURA. POR DIOS BENDITO, MAMÁ, NO ADORNES TU ALMA CON LA ILUSIÓN DE QUE NO SON TUS PECADOS SINO MI DEMENCIA LA QUE HABLA.



HAMLET, ME HAS PARTIDO EL CORAZÓN EN DOS MITADES.



BOTA ENTONCES LA MÁS VIL Y QUÉDATE CON LA MÁS PURA.

Y NO VAYAS AL LECHO DE MI TÍO. SI NO TIENES VIRTUD, POR LO MENOS FINGELA Y POR FAVOR ABSTENTE.



CUANDO QUIERAS SER BENDECIDA TAMBIÉN TE PEDIRÉ LA BENDICIÓN.



EN CUANTO A ESTE, ME ARREPIENTO. PERO EL CIELO LO QUISO. ME HAGO CARGO, ME HAGO RESPONSABLE. BUENAS NOCHES OTRA VEZ. A VECES PARA SER AMABLE SE COMIENZA SIENDO CRUEL Y ASÍ EMPIEZA LO MALO PARA QUE LE SIGA LO PEOR. PARTO PARA INGLATERRA. ¿LO SABÍAS?

ME LLEVO A ESTE DESDICHADO. BUENAS NOCHES, MADRE, UNA VEZ MÁS. BIEN QUIETO Y BIEN CALLADO ESTÁ ESTE POBRE CONSEJERO QUE FUE EN VIDA UN TORPE CHARLATÁN. VAMOS,



BUENAS NOCHES, MAMÁ.

Escena 1

La Reina entró llorando donde el Rey.

—Ha matado a Polonio. Ve visiones. Habla solo. Está demente.

—¿Lo ha matado? Su libertad es para todos nosotros una amenaza. ¿Dónde ha ido?

—A esconder el cuerpo de Polonio, supongo. ¿Dónde están Rosencrantz y Guildenstern? Haré que lo busquen y se lo lleven ya a Inglaterra. Mi alma está llena de dolor y confusión.

Se abrazaron mientras el Rey llamaba a voces.

—¡Socorro! ¡Socorro!



Escena 2



Hamlet se sacudía las manos sentado en un rincón del castillo cuando entraron Rosencrantz y Guildenstern.

—Hamlet... ¿Qué has hecho con el cadáver? —dijo Rosencrantz.

—¿Yo? Lo mezclé con el polvo, que a ello pertenece —respondió Hamlet.

—Dinos dónde encontrarlo para llevarlo a la capilla.

—No, no lo crean.

—¿Qué es lo que tenemos que creer?

—Que yo voy a seguir tus consejos y no los míos, querido Rosencrantz. Porque, interrogado por una esponja, ¿que podría contestar el hijo de un Rey?

Rosencrantz y Guildenstern lo miraron extrañados.

—¿Me tomas por una esponja, Príncipe? —preguntó Rosencrantz.

—Algo así. Una que se empapa de la autoridad del Rey, de sus premios y recompensas. Cuando él consiga lo que quiere, te exprimirá y quedarás seco. Como una esponja.

—No te acabo de entender, Hamlet.

—Me alegro que las palabras afiladas duerman en oídos necios.

—Príncipe, es necesario que nos digas dónde está el cadáver —insistió Rosencrantz—. Y que vayamos donde el Rey.

—El cuerpo está con el Rey, pero el Rey no está con el cuerpo. El Rey es una cosa...

—¿Una cosa, Hamlet? —preguntó Guildenstern.

—Una cosa de nada... Llévenme con él. ¡Zorro, escóndete que ahí vamos todos!

Escena 3

El Rey abrió la puerta a Rosencrantz.

—Majestad, no ha querido decir dónde está el cadáver.

—¿Y él, dónde está?

—Afuera, custodiado.

—¡Cuán peligroso es que ande suelto! Tráiganlo a mi presencia.

—Guildenstern... Trae al Príncipe Hamlet.

Entraron Hamlet y Guildenstern, rodeados de guardias. En la mano de Guildenstern, la daga del Príncipe. Se la entregó al Rey.

—¿Y bien, Hamlet? ¿Dónde está Polonio?

—En una cena.

—¿En una cena? ¿Dónde?



NO DONDE ÉL COME,
SINO DONDE ÉL ES
COMIDO. TODO UN
PARLAMENTO DE
POLÍTICOS GUSANOS
ESTÁ CON ÉL.

—¡Dios mío! —exclamó el Rey.

—Un hombre puede pescar con el gusano que se comió a un Rey, y comerse el pez que se alimentó del gusano —pronunció Hamlet, pícaro y provocador.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Eso. Cómo puede ser el viaje de un Rey por las tripas de un mendigo.

—¿Dónde está Polonio? —insistió el Rey.

—En el cielo. Si no lo encuentran ahí, tal vez en el infierno. Y si todavía no lo encuentran, en un mes sentirán su olor al subir esa escalera.

—Vayan a buscarlo, guardias —ordenó el Rey.

—Seguro que lo espera. Vayan, vayan —bromeó Hamlet.

—Tú, Hamlet, calla. Es de suma urgencia que por todo lo sucedido te ausentes y partas a Inglaterra.

—Así será. Adiós, mi querida madre.

—Tu querido padre querrás decir —masculló el Rey.

—Mi madre. Padre y Madre son marido y mujer. Marido y Mujer son una misma carne, por lo tanto, ¡querida madre! ¡Vamos a Inglaterra!

—Llévenselo —ordenó el Rey—. Y déjenme solo.

En cuanto pudo sacó un papel y procedió a entintar la pluma para redactar una orden.

—Que parta esta misma noche. Y que Inglaterra se encargue de la inmediata ejecución de Hamlet. Hazlo, Inglaterra. Hace que me hierva la sangre y tú debes curarme. Hasta que eso no suceda, mi alegría no será posible.

Escena 4

Hamlet salió del castillo mientras ensillaban los caballos. Rosencrantz y Guildenstern ya montaban.

—Vamos, Príncipe —dijo Guildenstern.

Se escucha un ejército a lo lejos.

—¿Qué ejército es ese?

—Fortimbrás, el Rey noruego —respondió Rosencrantz.

—Hijo del Rey que venció mi padre otrora —señaló pensativo, Hamlet.

—Pidió licencia para cruzar a pelear con los polacos —explicó Guildenstern.

—¿Vamos ya, Príncipe? —insistió Rosencrantz.

Hamlet subió a su montura y se alejó un poco. Mirando al ejército noruego se quedó pensando.

—Todo apura mi torpe venganza. ¿Qué es el hombre si gasta su tiempo más que nada en dormir y comer? Tener un padre asesinado, una madre manchada, excitando mi razón y mi sangre. Veo desfilar hacia la muerte segura a veinte mil soldados por un día de gloria. ¡De ahora en adelante mis pensamientos serán sanguinarios, o no serán nada!

Y partió galopando seguido por Rosencrantz y Guildenstern.

Escena 5

Gertrudis, la Reina, sintió golpes en la puerta de su dormitorio.

—¿Quién es?

Escuchó la voz atormentada de Ofelia, desencajada.

—¿Dónde está la bellísima majestad de Dinamarca?

—¿Qué te pasa, Ofelia?

Se abrió la puerta y entró la muchacha con el vestido sucio y las manos heridas. Musitó una vaga melodía.

—¿Qué cantas, muchacha?

—“Está muerto y ha partido, *lady*, está muerto y se ha ido, *lady*, cubierto de musgo sus pies de piedra, *lady*”

—cantó.

Entró el Rey Claudio.

—¡Mira, Claudio! —dijo la Reina señalándole a Ofelia.

—¿Cómo estás, dulce Ofelia?

—¿Yo? Dios te ayude. Dicen que la lechuza era hija del panadero. Señor, sabemos lo que somos, pero no sabemos lo que podríamos ser. ¡Dios se siente a tu mesa!

—Delira por su padre... —dijo el Rey—. ¿Hace mucho que está así?

Ofelia los miró, los ojos tristes, desgarrada por el dolor:

—Espero que todo vaya bien. Debemos ser pacientes.

No puedo sino llorar de saber que lo pondrán en una tumba fría. Mi hermano tiene que saberlo. Gracias por sus consejos. Buenas noches, señoras. Buenas noches, dulces señoras; buenas noches, buenas noches.

Salió Ofelia bamboleándose como si estuviera borracha.

—Que la sigan de cerca, que la vigilen, te lo ruego

—dijo la Reina y el Rey salió a dar la orden a los guardias.

La Reina hundió su rostro en sus manos.

Un feroz tumulto se dejó escuchar afuera.

—¿Claudio? ¡Qué pasa!

El Rey entró cerrando la puerta.

—Es Laertes, que ha vuelto. Gritan que él será el nuevo Rey.

Un ruido feroz los hizo temblar.

—¿Han derribado las puertas del castillo?

Laertes entró con los guardias.

—No hemos podido detenerlo, Su Alteza.

—Oh, tú, indigno Rey, quiero que me devuelvas a mi padre —insultó Laertes a Claudio.

—Cálmate, Laertes.

—¿Dónde está mi padre?

—Muerto.

—¿Cómo murió? No me vengan con cuentos. Solo quiero vengar su muerte.

—¿Quieres conocer la verdad? ¿Estás dispuesto a todo?

—Solo con sus enemigos. Abriré mis brazos a mis amigos y, como el pelícano, los alimentaré con mi sangre.

En medio del tumulto se sintió la voz de Ofelia cantando.

—¿Qué es eso? —preguntó Laertes.



—“Lo llevaban a enterrar, ay de mí, y en su tumba llovió un mar de lágrimas, ay de mí” —cantaba Ofelia, con voz tenue.

Laertes aguantó el dolor de verla trastornada.

—Traigo romero para los recuerdos, rueguen por el amor, recuerden. Y aquí hay pensamientos, para pensar —dijo Ofelia estirando hacia Laertes ramas secas como si fuesen flores—. Traigo hinojos y clavelinas. La ruda tienes que ponértela así. ¡Una margarita! ¿Violetas? Se me marchitaron cuando murió mi padre. Dicen que tuvo un buen final.

Salió tarareando una canción incomprensible, abriéndose paso entre los guardias.

Laertes ahogó un grito de dolor.

El Rey lo abrazó.



TENDRÁS VENGANZA. ASÍ SERÁ.
CAERÁ TU ESPADA SOBRE LA
OFENSA. VEN CONMIGO, TE
LO RUEGO.

Escena 6

Embarcados Hamlet, Rosencrantz y Guildenstern, se repartieron en sus camarotes. Hamlet, en un lecho aparte, esperó que se recostaran sus amigos de otros tiempos, quienes cansados por la cabalgata se durmieron, y revisó el baúl que llevaban. Encontró el edicto con el sello real. Miró su anillo, que llevaba el mismo sello. Con mucho cuidado rompió el lacre, y leyó la carta de Claudio a la Reina de Inglaterra ordenando se le ejecutara en cuanto llegaran. Respiró hondo y buscó una pluma y tinta. En otro pliego, imitando la letra del Rey, cambió el pedido: *Rosencrantz y Guildenstern deben ser ejecutados en cuanto lleguen a puerto*. Fundió el lacre en la vela y puso el sello de su anillo. Se deslizó a la cubierta intentando que nadie lo viera. Saltó al muelle y se escondió, viendo partir el barco desplegando sus velas. Buscó un caballo y montó.

—A Elsinore, es la hora.



Escena 7

El Rey hizo entrar a Laertes en su aposento.

—Ese que mató a tu padre acechaba también contra mi vida.

—¿Por qué no has procedido ante tales crímenes? —preguntó Laertes.

—Por dos razones: la Reina es la primera, quien solamente ve lo que él mira. La segunda, el gran amor de la gente por él.

—Yo no tengo impedimento. Llegará la hora de mi venganza.

Golpearon de pronto a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó el Rey, dejando entrar a un mensajero con dos cartas.

—¿Qué ocurre? ¿Qué noticias son estas?

—Cartas del Príncipe Hamlet, para usted, Su Alteza y para Su Majestad, la Reina.

—¿De Hamlet? Es imposible. ¿Quién las trajo? No importa. Vete, por favor. Déjanos solos.

Laertes lo miró estupefacto.

—Me habías dicho que...

Claudio leyó en voz alta:

“Majestad alta y poderosa, deberías saber que he desembarcado desnudo en tu Reino. Mañana solicitaré autorización para que me vean tus reales ojos y relatarte las circunstancias de este extraño y súbito retorno”.

—¿Es la letra de Hamlet? —preguntó Laertes.

Claudio asintió.

—Por lo menos podré decirle: ¡Esto es lo que hiciste! —sentenció Laertes.

El Rey lo miró pensativo.

—Si así fuera, Laertes... ¿Te dejarás guiar por mí? Su muerte no debe despertar sospecha alguna. Hasta su madre debe disculpar la maniobra y llamarla un accidente. Quédate oculto en tu alcoba. Hemos de preparar un encuentro de esgrima y apostar sobre sus cabezas. Hamlet, como lo conozco, no revisará las espadas y podrás escoger espada de punta descubierta y darle una buena estocada en nombre de tu padre.



TENEMOS QUE ASEGURARNOS. YO PREPARARÉ UNA COPA PARA LA OCASIÓN, Y SI LA PRUEBA, PODEMOS CONSEGUIR NUESTRO PROPÓSITO.

ASÍ LO HARÉ. Y PARA ASEGURARME ENVENENARÉ EL FILO DE MI ESPADA. SI LO RASGUÑO SERÁ MUERTE SEGURA.



NO LO DEJEMOS SOLO. ME COSTÓ TANTO CALMAR SU IRA.



¿QUÉ PASÓ?



LAERTES, TU HERMANA SE AHOGÓ.

¿AHOGADA? ¿DÓNDE?



HAY UN SAUCE EN EL RÍO CERCAÑO. AHÍ ESTÁ.



¿AHOGADA? ¿SEGURO?

AHOGADA, SÍ, AHOGADA.



ENORME ES TU RÍO, POBRE OFELIA. NO QUIERO AUMENTARLO CON MIS LÁGRIMAS. ¿PERO CÓMO EVITARLAS?



Escena 1

En el cementerio cercano a Elsinore, dos sepultureros cavaban una tumba.

—¿Le corresponde entierro cristiano a quien no buscó su propia salvación? —preguntó el más joven—. ¿Cómo es posible eso? ¿O se ahogó en defensa propia?

—¿Quieres saber la verdad? Si no hubiera sido de la nobleza, la hubieran enterrado fuera de un cementerio cristiano —le contestó el más viejo.

A lo lejos vieron las sombras de Hamlet y Horacio. Los sepultureros cantaban mientras iban cavando.

—¿No tienen sentimientos para cantar mientras cavan? —preguntó Hamlet.

—Es la costumbre —contestó Horacio.

Hamlet recogió una calavera.

—Esta calavera tuvo lengua y podía cantar. Y la tira al suelo el sepulturero como si fuese la quijada de Caín, el primer asesino. Podría ser la de un político, ¿no es cierto? O de un cortesano, ¿no es cierto? O de un abogado con sus casos, sus títulos y sus argucias.

Se acercó a la fosa.

—¿De quién es esta tumba, hombre? —preguntó.

—Mía, señor —dijo el viejo.

—Probablemente, puesto que estás dentro de ella.
¿Para qué hombre la cavas?

—Para ninguno, señor.

—¿Para qué mujer entonces?

—Para una que fue mujer, pero descansa en paz, ha muerto.

—¿Cuánto tiempo llevas de sepulturero?

—Yo hace poco —dijo el joven.

—Yo hace mucho —agregó el viejo—. Me dedico a esto desde que el difunto Rey Hamlet venció al difunto Rey Fortimbrás.

—¿Cuánto hace de eso?

—Fue el mismo día que nació el joven Hamlet, el que está loco y han enviado a Inglaterra. Y no se le notará allá porque todos están tan locos como él.

Hamlet se sentó al borde de la tumba.

—¿Cómo es que se volvió loco? —inquirió.

—Perdiendo el juicio —dijo el joven.

—Aquí tiene una calavera antigua. Ha estado en la tierra más de veinte años —señaló el viejo.

Hamlet la tomó y la estudió cuidadosamente. Dejó a un lado la otra.

—¿De quién es?

—De un loco bribón que me echó una vez una botella de vino en la cabeza. La calavera de Yorick, bufón del Rey Hamlet.

—Déjame ver —dijo Hamlet—. Pobre y querido Yorick. Yo lo conocí, Horacio. Tenía una gracia infinita. Me llevó en sus hombros mil veces y ahora parece aborrecible.



Aquí colgaban sus labios que besé tantas veces. ¿Dónde están tus piruetas, tus chistes, tus bromas, tus canciones? ¿Crees tú, Horacio, que Alejandro el Magno tenía ese aspecto en la tierra? ¿Y que olía así? Qué asco.

—Exactamente, Príncipe.

A lo lejos vieron una columna de portadores con un ataúd. Reconocieron al Rey y la Reina, y al joven Laertes. La corte iba seguida de un sacerdote.

—Vamos a agazaparnos y a observar —susurró Hamlet a Horacio, alejándose.

Reconoció a Laertes conversando con el sacerdote junto a la fosa.

—Deposítenla en tierra. De su hermosa carne brotarán violetas. Aunque no se pueda hacer la ceremonia que merecía.

Comenzaron a bajar el ataúd.

Hamlet se estremeció:

—¿Cómo? ¿La hermosa Ofelia?

—Esperaba que fueras la esposa de mi Hamlet —dijo la Reina—. Pensé que lanzaría flores a tu lecho nupcial y no sobre tu tumba.

Vio Hamlet cómo descendían el ataúd.

Laertes aulló de dolor.

—Deja un momento de echar tierra, sepulture-ro, mientras una vez más la estrecho entre mis brazos —dijo, y saltó dentro de la fosa.

—¿Quién se cree? —exclamó Hamlet haciéndose oír, y saltó a su vez dentro de la sepultura.

—¡El demonio te lleve! —gritó Laertes y trató de es-

—¡Sepárenlos! —ordenó el Rey.

La Reina se impactó.

—Hamlet. Mi querido Hamlet.

Hamlet se libró de las manos de Laertes.

—Yo amé a Ofelia —exclamó—. Cuarenta mil hermanos no podrán igualar el monto de mi amor. ¿Qué harías tú por ella?

—Está loco, Laertes —dijo el Rey—. No le hagas caso. Hamlet saltó fuera de la sepultura.

—¿Rey? ¿Qué razón tienes para tratarme así?
Se alejó.

—Horacio, ocúpate de él.

Horacio asintió y corrió a acompañar a Hamlet, quien se alejaba hacia el castillo a grandes zancadas.

El Rey se acercó a Laertes. Y le habló al oído.

—Paciencia. Recuerda lo que hablamos anoche.



Escena 2

En el castillo, Hamlet terminaba de vestirse cuando fue alcanzado por un mensajero.

—Vengo de parte del Rey. Un desafío planea. Con Laertes.

—¿Desafío? ¿Cuál es su arma?

—Florete y puñal.

—¿Florete?

—El Rey ha apostado contra él seis caballos. Ha dicho que en una docena de asaltos entre usted y él, no le superará en más de tres golpes. Ha apostado doce contra nueve.

—¿Y si contesto que no? —desconfió Hamlet.

—Él espera que digas que sí.

—Retírate que lo pensaré y aquí estoy si quiere hablarme directamente. Anda donde el Rey y dile eso.

—Vas a perder esa apuesta, Príncipe —dijo Horacio.

—No lo creo. He practicado continuamente. Tal vez son tonterías, pero siento una extraña premonición.

—Si a tu ánimo le disgusta, voy a decirle que no y diré que no te sientes bien —aconsejó Horacio.

Sonaron entonces trompetas y tambores.

—¿Qué es eso? —preguntó Hamlet.

—La corte.

Aparecieron el Rey y la Reina y toda la corte. Asistentes con espadas y dagas. Laertes ya vestido para el combate mientras colocaban una mesa con botellas, frascos y copas sobre ella.

—Ven, Hamlet, y démonos la mano —dijo el Rey.

—Perdóneme, señor, le he hecho tanto mal. Perdóname, tío, como todo un caballero. Todo lo que he hecho fue locura mía. ¿Fue Hamlet el que ofendió a Laertes? ¿Quién lo hizo entonces? Su locura. ¿No es su demencia su peor enemigo? Tan solo disparé una flecha que hirió a mi hermano —dijo Hamlet.

Laertes le estiró la mano.



—Me siento satisfecho en mis motivos de venganza. Aceptaré lo que ofreces como amor y no atacaré eso.

—Y yo lo ofrezco libremente. Que nos den los floretes. ¡Comencemos! —exclamó Hamlet.

—¡Uno para mí! —pidió Laertes.

—Será fácil para ti, Laertes. Contra mi inocencia, tu habilidad brillará como una estrella en una noche tenebrosa.

—¿Te burlas de mí, Hamlet?

—No, por esta mano. Te lo juro.

El Rey intervino.

—Entréguenles los floretes. ¿Conoces, Hamlet, la apuesta?

—Muy bien, señor. Has apostado por el más débil —dijo Hamlet.

—Nada temo —contestó el Rey—. Los he visto a ambos.

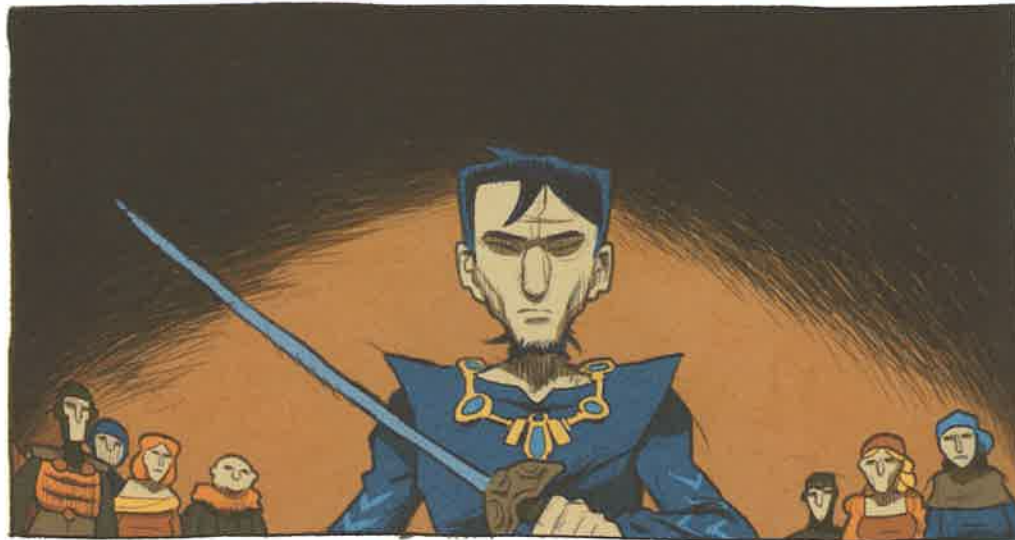
Laertes pidió cambio de su espada. Revisó a escondidas la punta.

—Esta irá bien —dijo Hamlet—. ¿Son del mismo largo?

Se prepararon para el enfrentamiento.

El Rey se levantó detrás de la mesa con las copas y las jarras:

—En esta mesa está el vino. Si Hamlet da los primeros golpes, el Rey beberá por su éxito y pondrá en su copa una perla, la más valiosa que hayan llevado los últimos cuatro reyes de Dinamarca en su corona. ¡Que suenen las trompetas! ¡Que comience el combate!





VENCERÁ NUESTRO HIJO.



SÉCATE LA FRENTE HIJO.

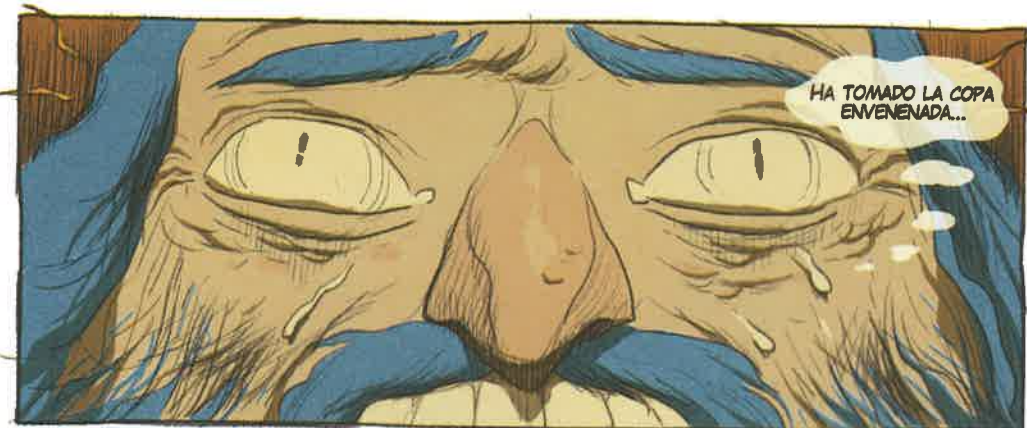


TAMBIÉN LA REINA BRINDA POR TI.



NO BEBAS... GERTRUDIS...

TENGO SED.



HA TOMADO LA COPA ENVENENADA...



GRACIAS, MADRE. NO QUIERO BEBER TODAVÍA.



VAMOS, TERCER ASALTO. EN GUARDIA.



TOCADO.



¡CAMBIEMOS FLORETES!



CORRESPONDE.



¡NO!...





COMO UNA PERDIZ
ATRAPADA EN SU
PROPIA TRAMPA.
JUSTAMENTE ASE-
SINADO POR MI
PROPIA ARTIMARIA.



¿CÓMO
ESTÁ MI
MADRE?



SE DESMAYÓ AL
VER LA SANGRE.



NO... ES LA COPA.
LA BEBIDA, LA BEBIDA.
ESTOY ENVENENADA.



OH, INFAMIA.
¡CIERREN TODAS
LAS PUERTAS!
TRAICIÓN,
MUESTRA TU
ROSTRO.



AQUÍ ESTÁ... ESTÁS
ENVENENADO. NO
HAY MEDICINA QUE
PUEDA SALVARTTE EN
EL MUNDO. EL ARMA
TRAIIDORA EN TU MANO,
AFILADA Y CON VENENO.



AMBOS HERIDOS
DE MUERTE. NO
DOY MÁS. EL REY,
EL REY TIENE
LA CULPA.



¿TAMBIÉN DEL
VENENO EN
EL FILO?



CONSUMA TU OBRA,
ENTONCES, VENENO.



¡TRAICIÓN!



DEFIENDANME AMIGOS. ESTOY HERIDO.



INCESTUOSO, ASESINO, MALDITO DANÉS. BEBE TU POCIÓN. SIGUE A MI MADRE.



JUSTA ES SU MUERTE, HAMLET. EL PREPARÉ EL VENENO. INTERCAMBIEMOS PERDÓN, HAMLET. QUE NO CAIGA SOBRE TI NI MI MUERTE NI LA DE MI PADRE, NI SOBRE MI LA TUYA.



EL CIELO TE LIBERARÁ. YO TE ACOMPAÑO. HORACIO, YA MUERO. DESGRACIADA REINA, ADIOS. SI PUDIERA, A LISTEDOS ESBIRROS... LES CONTARÍA... PERO DÉJALO SER... HORACIO, ESTOY MUERTO. TÚ VIVES. NARRA MI HISTORIA A LOS INSATISFECHOS. ¡DAME ESE CÁLIZ! TODAVÍA HAY VENENO. ¡DÁMELO! SI ALGUNA VEZ ME TUVISTE EN TU CORAZÓN, RENUNCIA A TU FELICIDAD Y VIVE RESPIRANDO LA AMARGURA DE ESTE MUNDO PARA CONTAR MI HISTORIA.



TUUM!
TUUM!!

EL JOVEN FORTIMBRÁS VUELVE VICTORIOSO DE LA GUERRA Y SALVA CON SALVAS DE COMBATE.

¿QUÉ ES ESÓ?



HORACIO, MUERO...
NO VIVIRÉ PARA SABER
QUE FORTIMBRÁS SERÁ
ELEGIDO REY. SEA PARA
ÉL MI VOTO. AGONIZO.
CUÉNTASELO CON TODOS
LOS DETALLES. EL RESTO
ES SILENCIO.



SE ROMPE TU NOBLE
CORAZÓN. BUENAS NOCHES,
DULCE PRINCIPE. QUE CANTE
UN CORO DE ÁNGELES
Y TE PROTEJA.

Entraron Fortimbrás y sus capitanes a la sala donde yacían los cadáveres de la Reina y el Rey, de Laertes y Hamlet.

—¿Dónde está...? —preguntó Fortimbrás, el Rey noruego.

Horacio lo miró con desprecio.

—¿Qué quieren ver? Si es el estupor o lo maravilloso, dejen de buscar.

—Orgullosa muerte —dijo Fortimbrás—. ¿Por qué tantos Príncipes? ¿Por qué de forma tan sangrienta?

Horacio se puso de pie con el cuerpo de Hamlet a sus pies.

—De eso podré hablarte y más. Y de mi boca muchas otras voces saldrán. Aunque estén ahora salvajes nuestras mentes, hablaré para que no se repitan las desgracias.

Fortimbrás abrazó el cuerpo de Hamlet.

—¡Que cuatro capitanes lleven a Hamlet hacia la tumba, como soldado! Habría sido un gran Rey. Que su paso sea saludado con música marcial y ritos para un guerrero. Llévense los cuerpos, que esto parece un campo de batalla. ¡Que disparen salvas los soldados!

Y sonaron las salvas dedicadas a Hamlet, mientras Horacio miraba cómo era levantado en homenaje y flameaban las banderas noruegas mezcladas con las danesas.

—El resto es silencio —dijo para sí.



Marco Antonio de la Parra

Escritor

Autor chileno nacido en 1952. Comparte la profesión literaria con el ejercicio de la psiquiatría y la docencia. Es un reconocido dramaturgo, y ha cultivado también el ensayo y la narrativa breve.

Ha obtenido el Premio Max, de España, a la figura teatral de Hispanoamérica, el Premio del Consejo Nacional del Libro y la Lectura en la categoría Teatro, y la Beca Guggenheim. Actualmente es Director Artístico del Teatro de la Universidad Finis Terrae.

En Loqueleó ha publicado, además, los libros *El año de la ballena* (The White Ravens 2002), *El cuaderno de Mayra* y *El año que nos volvimos todos un poco locos*.

Rodrigo López

Ilustrador

Nació en Santiago en 1979. Ha trabajado desde el año 2000 en editoriales y agencias de publicidad. En 2011 comenzó a publicar en la revista *Blanco Experimental* y en la saga *Zombies en la Moneda* (Mythica Ediciones). Ha colaborado con el sitio argentino *Historietas del sótano*, la antología *Chile en viñetas*, la revista *Mandanga*, de España, y *Taco de Ojo*, de México. En el año 2012 fue galardonado con el premio a “Mejor dibujante” en el festival FIC Santiago. En 2013 publicó el libro *La mano izquierda* en Chile y Argentina. Actualmente ilustra libros infantiles, cómics para adultos y colabora con el autor francés Olivier Balez.



HAMLET

En este libro encontrarás los mismos personajes, conflictos e historia del *Hamlet* que escribió William Shakespeare cerca del año 1600.

La esencia de ese texto dramático, con sus temáticas universales y atemporales, adquiere en esta edición la frescura de la narrativa gráfica, de la mano de dos grandes autores chilenos: los textos han sido adaptados por el escritor Marco Antonio de la Parra, un apasionado conocedor del dramaturgo inglés, y las ilustraciones están a cargo del dibujante Rodrigo López, uno de los referentes de la novela gráfica nacional actual.

Conmemoramos así los 400 años de la muerte de Shakespeare, que se cumplieron en 2016, publicando la historia del emblemático príncipe de Dinamarca desde una nueva mirada.

ISBN: 978-956-15-2946-5

